

## LA NOVELA DE REALISMO SOCIAL DE LA POSGUERRA: HISTORIA HECHA DE FICCIÓN

DAVID K. HERZBERGER  
University of Connecticut

El realismo social en la novela de posguerra emerge como una forma narrativa provocativa en los primeros años de 1950, se desarrolla a lo largo de los próximos diez años, y cede a nuevas ideas teóricas y experimentales en la novela a partir de la publicación de *Tiempo de silencio* en 1962. Este breve marco cronológico puede considerarse a la vez normativo y generacional: los cánones que definen el realismo social son formulados y rechazados durante un período de aproximadamente quince años, y las novelas escritas durante este tiempo se asocian con un grupo de novelistas generalmente conocido como la Generación de Medio Siglo: Juan Goytisolo, Luis Goytisolo, Jesús Fernández Santos, Rafael Sánchez Ferlosio y Carmen Martín Gaité, entre otros.

Tanto el propósito del realismo social como su diseño narrativo arraigan en un pequeño pero importante grupo de supuestos literarios: la convicción de que la realidad objetiva existe y es traducible mediante un discurso narrativo; la coincidencia entre el signo y su referente; la creencia en la capacidad de la narración para representar la autenticidad total de la vida; el compromiso social según el cual escribir equivale a actuar y, de ahí, la posibilidad de transformar la sociedad si el escritor revela sus injusticias al público lector. Cada una de estas suposiciones sugiere una relación directa e íntima entre la realidad y el discurso novelístico y pone énfasis en el momento histórico actual como base de lo que el novelista puede observar y conocer en el fluir temporal de la vida. Al mismo tiempo, estas ideas se conforman al importante principio según el cual el significado literario es *expresado o reflejado* por la narrativa más bien que producido por ella. Para muchos críticos, entonces, el realismo social ha adquirido el valor de una crónica de la realidad, de un receptáculo que registra la historia de un momento determinado en la España de posguerra.

La correlación entre palabra y mundo tanto en la producción como en la recepción del realismo social da por sentado un conjunto de valores críticos ple-

namente abiertos al debate y la subversión. Sin embargo, el enfoque constante de esta novela en la realidad española, y la insistencia en su capacidad para representar la vida actual, sugiere un área de investigación que hasta ahora ha sido poco explorada: la relación del realismo social con la historia y con las contingencias de la historiografía en la posguerra española. Me refiero aquí a la manera en que la norma intencional y operativa más importante del realismo social, la representación de la vida «tal como es», es moldeada por una profunda preocupación por el fluir del presente temporal y el modo de percibir y narrar ese presente. Todo texto literario, como ha observado Thomas Green, «expresa o define implícitamente una versión de la historia, una teoría implícita de la historia».<sup>1</sup> Pero en el caso del realismo social, la representación de la historia es problematizada por la insinuación coincidente del tiempo afirmado y del tiempo negado. Es decir, la confluencia de la narración histórica y ficcional en el realismo social depende de circunstancias históricas *experimentadas* más bien que reconfiguradas mediante la narración (el tiempo presente afirmado), y de un pasado histórico del cual estos novelistas quedan excluidos por un régimen político que toma posesión del pasado y de su historia como si fueran propiedad exclusivamente suya (el tiempo negado). Mi propósito aquí no es eliminar las distinciones entre historia y ficción. Pero sí propongo socavar algunas de estas distinciones para revelar el proceso dentro del cual las novelas del realismo social exploran la historia y la inscriben en el discurso narrativo. Juan Goytisolo ha sugerido que «el futuro historiador deberá apelar a [la novela de realismo social]» si quiere entender la realidad histórica de la posguerra.<sup>2</sup> Mi propósito es indicar cómo y por qué esto es así.

Críticos e historiadores de la literatura española contemporánea han insistido repetidamente en la base histórica del realismo social. Aunque la postura crítica de estos comentarios se ha desarrollado de una manera menos que sistemática, en su conjunto demuestran con claridad la consistencia de la posición historiográfica de estas novelas. Por ejemplo, en su reciente estudio *Rojos y rebeldes*, Shirley Mangini coloca el realismo social plenamente dentro de la línea de la historiografía cuando asevera que la «problemática histórica» sirve de enfoque principal de los realistas sociales.<sup>3</sup> Mangini sugiere también que la contribución más importante de estos novelistas es «más histórica que literaria» (119). El novelista y crítico Antonio Ferrer ha subrayado en sus ensayos como el «vacío histórico» en gran parte inspiró la obra de los realistas sociales,<sup>4</sup> mientras que J. P. Quiñonero ha resumido la función de estos novelistas como la de

1. T. GREEN, «History and Anachronism», *Literature and History* (ed. G. Morson), Stanford, Stanford U. Press, 1986, pp. 205-220.

2. J. GOYTISOLO, *El furgón de cola*, Barcelona, Seix Barral, 1976, p. 6.

3. S. MANGINI, *Rojos y rebeldes*, Barcelona, Anthropos, 1987, p. 111.

4. A. FERRER, «Evolución de la novela española», *Cuadernos Para El Diálogo*, XXVIII (1965), p. 25.

inscribir en su discurso «la realidad histórica del momento».<sup>5</sup> En su libro sobre la cultura de posguerra, Fernando Álvarez Palacios ha observado la importancia para estos novelistas «del ser y estar en su momento histórico»,<sup>6</sup> mientras que Carlos Barral, menos tolerante de la configuración normativa del realismo social, ha notado como estos escritores se preocuparon cada vez más por «rígidos dogmatismos sobre la fidelidad histórica».<sup>7</sup>

Podemos afirmar, pues, que tanto los novelistas españoles (a través de la intencionalidad) y la crítica literaria (mediante su discurso ensayístico) insisten en la esencia histórica y utilidad historiográfica del realismo social. Lo que nos concierne ahora es poner al descubierto la manera en que esta ficción funciona dentro del marco de lo real. Hay dos modos principales de enfocar esta investigación: 1) comentar la oposición entre la novela de realismo social y la historiografía oficial del Régimen durante este período y demostrar cómo la historiografía rechaza la capacidad del discurso narrativo para sugerir una multiplicidad de mundos alternativos. 2) analizar el modo en que el realismo social puede asociarse con la historiografía como disciplina, tanto en su uso del lenguaje como en las técnicas narrativas empleadas para representar la realidad. Aunque la primera posibilidad (el diálogo intertextual del realismo social con la historiografía franquista) queda implícita en todo lo que propongo aquí, por razones de espacio el enfoque principal de mis comentarios se centra sólo en la segunda área de investigación, la de la técnica y el lenguaje.

La tarea fundamental del historiador proviene de lo que podríamos llamar la función representativa de la historia. Es decir, el historiador tiene que transportarse a un mundo que generalmente no conoce directamente, y mediante el uso de documentos, archivos y otros materiales, crea una figura de ese momento con palabras. Este lazo temporal y referencial que el historiador formula se asocia íntimamente con el pensamiento de los realistas sociales. Pero en el caso de éstos el vínculo es aún más estrecho porque representan el presente no «como si» lo hubieran atestiguado directamente, sino como tiempo vivido y experimentado. Por eso podemos decir que en la jerarquía normativa del realismo social la narración es informada menos por su contenido social, político o económico que por su adherencia a una visión particular del tiempo. De modo que el significado profundo de lo histórico en el realismo social emerge en relación con lo que podríamos llamar su «cronotipo». Utilizado extensamente por Bajtin para examinar las complejidades formales de la novela, «cronotipo» significa literalmente «tiempo-espacio», y se refiere en el realismo social a la manera en que los componentes temporales y espaciales están enlazados dentro de la narración. En la novela

5. J. P. QUIÑONERO, «Entrevista con Carlos Castilla del Pino», *Informaciones* (Suplemento de Artes y Letras), 95 (1970), p. 1.

6. F. ÁLVAREZ PALACIOS, *Novela y cultura española de posguerra*, Madrid, Cuadernos Para el Diálogo, 1975, p. 47.

7. C. BARRAL, citado en Álvarez Palacios, p. 46.

realista, este enlace siempre privilegia lo temporal mediante la ironía constante del *stasis*. Es decir, mientras que el marco espacial del realismo social puede extenderse para incluir toda la Península Ibérica, el enfoque temporal queda fijado siempre en el presente e insinúa el determinante crucial de la repetición. La historia se manifiesta así en dos niveles: primero, los realistas sociales desafían el concepto (como lo hizo Heidegger) de que la distancia temporal sea un componente imprescindible de la historiografía. En otras palabras, «ser viejo» en su esquema ya no tiene significancia primordial. Segundo, y más pertinente para nosotros aquí, la idea del pasado deja una sombra sobre el presente mediante el juego de la paradoja: la sombra de lo ausente. Los realistas sociales siempre afirman la presencia autoritativa del presente, pero proponen con igual insistencia que el significado del presente procede del pasado ausente.

Como he sugerido antes, puesto que el pasado en la España de la posguerra pertenece al Estado, el énfasis del realismo social en el presente hace vulnerable al conflicto el concepto fundamental de la continuidad temporal. No quiero decir que los realistas sociales nieguen la idea de continuidad dentro del fluir del tiempo. Al contrario, su narrativa la implica siempre. En efecto el presente temporal del realismo social presupone un pasado que inevitablemente precede la realidad de ese presente dentro del marco de continuidad —pero un pasado que excluye los mitos heroicos e individualistas tan fuertemente propagados por el Estado. Tanto los personajes colectivos como los sucesos cotidianos de estas novelas son completamente vulgares y desmitificados, y a través de su presentación los novelistas afirman la lógica de la repetición histórica. Pero en este caso la afirmación viene al revés. Es decir, por medio de la estructura narrativa, el presente a la vez emerge del pasado y contiene el pasado dentro de sí. De esta manera se intensifican la divergencia y disidencia de los realistas sociales al nivel de la historiografía. La repetición afirma el proceso historiográfico de causa y efecto, pero niega las implicaciones míticas sostenidas por la historiografía del Estado.

Tanto la técnica de los realistas sociales como su intención de representar la vida tal como es tiene como fin la objetividad. Por supuesto la objetividad en este contexto es una convención literaria, y tiene poco que ver con el problema filosófico de lo objetivo, el sujeto, y el «yo». Sin embargo, el hecho de que la objetividad en este caso provenga de una convención (y por eso siempre vulnerable a la parodia y la subversión) quiere decir que es capaz de generar los significados asociados con esa tradición. Por ejemplo, el uso del narrador impersonal en la tercera persona produce la ilusión de la referencia pura. Claro que no es más que una ilusión, el efecto de un recurso retórico elegido de muchas veces potenciales. Pero el narrador en tercera persona parece proporcionar al discurso literario lo que Henry James ha llamado «la intensidad de la ilusión». Para los realistas sociales esto quiere decir que la técnica reduce la mimesis a la imitación, y así pone de relieve la simetría entre la estrategia narrativa y la preocupa-

ción por la verdad. El narrador en tercera persona evoca la ilusión de presenciar por medio de la imitación, y como consecuencia auténtica la equivalencia entre «el ver como» (la percepción de la realidad) y «el ser como» (la fuerza ontológica de la narrativa). Este acercamiento de la voz narrativa y lo narrado por ella sirve un doble propósito: 1) poner los conceptos de verdad y significado en el mismo plano ético; y 2) les permite a los realistas sociales eliminar las distinciones tradicionales entre lo real y lo irreal (entre historia y ficción) y, como consecuencia, ofrecer como base de su obra una representación historizada de la vida actual.

Una de las creencias institucionales que los realistas sociales comparten con los historiadores es la idea de que el lenguaje narrativo puede representar las complejidades de la vida real. En términos absolutos, por supuesto, esta postura es poco menos que ingenua y fácilmente rebatible por las recientes teorías postestructuralistas. Pero la intimidad de la palabra y el mundo inherente en la obra de los realistas sociales sugiere un nivel de significado más complicado que incorpora los conceptos de opacidad, transparencia, y metáfora. En efecto, el enlace de estas ideas define las estrategias fundamentales de representación para el realismo social y al mismo tiempo intensifica la autenticidad histórica de su discurso.

Para los realistas sociales el lenguaje es sobre todo útil. Las palabras sirven no sólo para abrir el mundo al significado más allá del lenguaje (o sea, las palabras hacen el mundo presente al lector), sino también para revelar la vacuidad del discurso impuesto y difundido por el Estado. La amonestación apasionada de Juan Goytisolo a atacar el régimen de Franco mediante la subversión de su lenguaje es validado por su propio discurso de disidencia empezando con *Señas de identidad* en 1966, y puede percibirse también en la narrativa de Benet, Guelbenzu y Luis Goytisolo, entre otros. El rechazo del lenguaje en su estrecho rango de uso por los realistas sociales eventualmente ayudó a revigorizar la novela española y a producir modos narrativos mucho más complejos. Pero esta postura de rechazo se llevó a cabo sin tener en cuenta dos estrategias fundamentales que rigen la dinámica del realismo social: las raíces metafóricas de toda obra de ficción; la manera en que el discurso del realismo social funciona mediante la ironía y la paradoja para socavar no la verdad, sino el *valor* de todo lo que aparece como auténtico en la España de Franco.

La paradoja del lenguaje tiene especial importancia en la intención de estos novelistas de representar la verdad. Por paradoja quiero decir la manera en que la tensión del realismo social prevalece mediante el cambio continuo de sentido entre lo que es transparente al nivel de referencia y lo que es opaco al nivel de significado. Tanto lo metafórico como lo intertextual definen este proceso y determinan su relación con lo histórico. Como he indicado anteriormente, la historiografía sancionada por el Régimen durante los 1940 y 1950 era mayormente épica en su alcance y heroica en su intención. Se apropió del pasado y lo enlazó

a los mitos que promovían la lógica de la progresión inevitable de la historia a costa de la disidencia y diversidad. Este proceso se puede discernir no sólo en el plano del significado, sino también en el plano correlativo de la autoridad lingüística en la búsqueda del Estado de un lenguaje común. Bajtin expresa esta misma idea de la siguiente manera: «The category of common language is the theoretical expression of historical processes of linguistic unification and centralization, the expression of the centripetal forces of the language. The common language is never given but in fact always ordained, and at every moment of the life of the language it is opposed to genuine heterology».<sup>8</sup>

Cuando Max Aub se queja de que el estilo de la narrativa española durante la década de los cincuenta es «el castellano administrativo»<sup>9</sup> está lamentando, en palabras de Bajtin, la ausencia de «una heterología genuina». Pero mientras Aub enuncia incisivamente el punto de contienda, desvaloriza la intencionalidad del discurso. Los realistas sociales hacen el lenguaje de su narrativa tan completamente común, tan abiertamente transparente, que solemos pasar por alto su presencia aún cuando formulamos un significado de lo que dice. En efecto, dice algo de la vida (los pescadores tienen hambre, los pobres no tienen casas, hay injusticia social en España, etc.), pero también dice algo sobre sí mismo. El lenguaje en toda su vulgaridad se revela unificado y centralizado, y por lo tanto desprovisto de significado-como-verdad. Es en este sentido que la narrativa del realismo social produce la unión íntima de forma y contenido: es un lenguaje vacío utilizado para representar y para encarnar una existencia vacía. Pero al nivel de historia, en manos de los realistas sociales este lenguaje infunde una tensión. Socava los mitos del Régimen (conquista, liberación, heroísmo, etc.) utilizando el lenguaje del Régimen, y así pone al descubierto la falsedad de su propio discurso homogéneo. De modo que el realismo social funciona irónicamente, como he sugerido antes, para desmitificar la historia española. Establece la base para entender lo histórico mediante la creación de una realidad en el presente que requiere un pasado radicalmente distinto del pasado oficial.

Es en este sentido que la narrativa del realismo social funciona metafóricamente. Tanto los novelistas como los historiadores usan metáforas en sus obras, pero éstas tienen poco que ver con lo metafórico tal como lo estoy empleando aquí. Me refiero más bien a la manera en que el lenguaje apunta en dos direcciones al mismo tiempo: hacia la realidad descrita en la narración y hacia un discurso o mito que la cultura de posguerra (y en particular, la historiografía) ha hecho familiar y ha impuesto como válida. En el caso de los realistas sociales,

8. M. BAJTIN, *The Dialogic Imagination* (ed. M. Holquist), Austin, U. of Texas Press, 1981, p. 390.

9. M. AUB, citado en R. Conte, «Narrativa española de la posguerra», *Informaciones* (Suplemento de Artes y Letras), 139 (1971), p. 1.

la negatividad es el ímpetu principal para nuestro entendimiento de esta función metafórica. Quiero decir, la visión de la historia y de la narrativa propuesta por los realistas sociales se engendra mediante el contraste con las normas dominantes de la historiografía franquista y los mitos que pertenecen a esta historiografía. En vez del pasado, los realistas sociales enfocan el presente; en vez de lo épico, lo épico-bufo; en vez de lo individual, lo colectivo; y en vez de lo heroico, lo cotidiano. La importancia de esta divergencia sólo puede ser percibida si entendemos que el discurso del realismo social se refiere al mundo, al mismo tiempo que revela la disyunción al nivel del significado con el estilo que asume. Entendido de esta manera, el lenguaje del realismo social participa como fuerza determinante en la circulación de códigos lingüísticos que constituyen lo real. Y así el funcionamiento metafórico del discurso es capaz de sostener la intencionalidad de los realistas sociales, puesto que la referencia es repartida entre la realidad del vivir y el discurso de la historia.

Podemos concluir, pues, que la potencialidad enriquecedora de la referencialidad dividida define la narrativa del realismo social en los planos de intención y representación. Como he sugerido a lo largo de este ensayo, la ficción del realismo social surge en parte como respuesta a la historiografía que repetidamente difiere la confluencia de la verdad y el significado, y en su lugar introduce un discurso de imitación que intenta ser igual a la verdad. Los realistas sociales nunca pretendieron reconfigurar el pasado como discurso, pero sí querían insinuar un pasado conocible mediante la lógica de la continuidad temporal. Era una manera de luchar por la memoria sin evocar las aporías del tiempo, una manera de rescatar el tiempo y de mantener la historia en toda su amplitud temporal enrollada debajo de la superficie del presente. El realismo social se concibe así como una empresa capaz a la vez de revelar y de transformar. Revela en el sentido que ilumina las verdades escondidas por el discurso de la historiografía, pero ya trazadas en el corazón de la experiencia humana. Transforma en el sentido que, como muestra Ricoeur, «una vida examinada de esta manera es una vida cambiada, es otra vida».<sup>10</sup> Por supuesto la ficción del realismo social no pudo metamorfosear la España de posguerra, pero produjo la exigencia de pensar nuevamente sobre el presente y sobre el pasado que lo implica. El realismo social evocó y fomentó «la otra vida» de Ricoeur, y es esta vida en su multiplicidad de alternativas la que representa la contribución más importante de la ficción de realismo social.

10. Paul RICOEUR, *Time and Narrative* (trad. K. Blamey y D. Pellauer), Chicago, U. of Chicago Press, 1984, t. III, p. 158.